

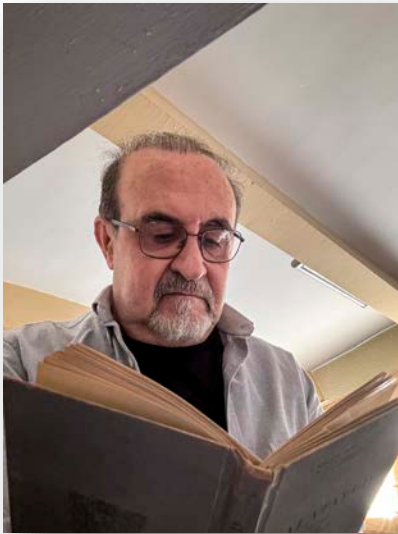
Accésit

Ángel Júlvez Pardos

Flores secas

A

Alfredo



Las 7 en punto de la mañana. La alarma del móvil me despertó como todos los días. A las 7:30 salí por la puerta de casa dispuesto a correr una mañana más. Estaba un poco aburrido de hacerlo siempre por el mismo sitio, así que decidí ir, esta vez, hasta el barranco “del Seco”, unos tres kilómetros aproximadamente por una carretera comarcal y seguir por el barranco hasta un bosquecillo de pinos que se encontraba a unos ochocientos metros más adelante por un camino serpenteante de tierra extremadamente seca y no muy ancho.

Cuando volvía por el mismo barranco, vi, junto a la pared de tierra de la derecha muy cerca de unos arbustos que crecían en la ladera, algo que me llamó la atención y que me resultó inadvertido cuando había pasado por allí, hacía un momento en dirección hacia el bosque. Me di cuenta, que por el sitio en el que se encontraba era muy difícil verlo cuando se iba en la otra dirección, pero al volver, saltaba a la vista. Sobre una piedra, mucho más grande que cualquiera de las que por allí se encontraban, de unos treinta centímetros de larga y un poco menos de ancha, de cantos redondeados, por la erosión secular de las aguas y de un color amarillento oscuro, había un ramo de flores. Me paré un momento a contemplarlo. Se adivinaba que no llevaba allí más de dos días. No parecía que esas flores estuviesen allí casualmente; por la posición, alguien las había depositado, muy consciente y cuidadosamente, en ese preciso lugar. Enseguida creí adivinar la razón de ese ramillete. Es costumbre que a pie de carretera y en el lugar en el que había habido un accidente mortal, la familia, algún amigo o allegado, colocase una pequeña nota recordando el siniestro y un ramo de flores. Pero aquel, hacía poco tiempo que lo habían colocado. Pensé que sería en recuerdo de algún ciclista o

algún motorista que hubiese sufrido algún percance allí mismo. No sería de extrañar, el camino tiene muchas piedrecillas sueltas y es fácil una caída con consecuencias fatales. Qué raro, pensé, no había oído que hubiese habido ningún accidente mortal por esta zona y siendo una ciudad no muy grande, supongo que algo se habría comentado. Miré mi reloj y seguí mi camino, sin poder dejar de pensar en el ramo de flores en el barranco.

Cada día pasaba por el mismo lugar y las flores estaban más secas cada vez. Conforme transcurrían los días ya no las veía como una curiosidad, sino como un hito en el camino. Hasta que una mañana, al pasar por allí, vi que las flores secas ya no estaban y en su lugar, un ramo de flores frescas volvía a ofrendar la memoria de quien quiera que fuese y que yo desconocía. De nuevo y después de otro periodo de tiempo las mismas flores en el mismo lugar, volvieron a marchitarse y a secarse. Hasta que de nuevo otra mañana, las flores secas volvieron a cambiarse por otras recién cortadas. Hasta cuatro veces más se repitió el proceso. Comprobé que la persona que las cambiaba lo hacía con una precisión exacta: los días 25 de cada mes y desde luego muy de madrugada.

El día 25 del mes de junio, las flores que depositaron esta vez, tenían un aspecto diferente y me paré a mirarlas detenidamente. Aquel ramo de flores me hizo pensar que quien quisiera que lo trajese, no lo hacía en memoria de ningún accidentado reciente. El ramo estaba perfectamente hecho formando tres franjas de flores diferentes. En la franja superior amapolas rojas, en la del centro, flores amarillas que parecían ser dientes de león, y en la franja inferior, malvas, formando, claramente, los colores de la bandera republicana.

No pude quitarme esa imagen de la cabeza durante mucho tiempo y pude contemplar cada mañana como las flores se iban decolorando, hasta convertirse en un ramo de flores secas. El día 25 del mes siguiente cuando llegué de nuevo a ese lugar, vi con asombro, que el ramo, esta vez, no había sido sustituido por ningún otro. Sin pensarlo dos veces, subí un trecho por la ladera y arranqué unas cuantas florecillas silvestres que había por allí: margaritas y otras variedades; hice con ellas un ramo y retirando las flores secas, deposité en su lugar el ramillete que acababa de hacer y seguí mi camino.

Al mes siguiente, el mismo ramo con las flores secas seguía allí, tampoco nadie lo había cambiado. Sin saber por qué, movido por el mismo impulso interior volví a cambiar las flores secas. Y así día tras días las flores se fueron secando. Cuando otro 25 y por tercera vez, descendía de la ladera con un ramo de flores recién cogidas, al levantar la vista vi que venía por el camino, como aparecida de la nada, una mujer no muy mayor, con un ramo de flores rojas y blancas entre sus

manos. Los dos sorprendidos, nos quedamos parados, mirándonos por unos instantes.

B **Blanca**

Hola mamá, ¿Cómo estás? Preguntaba una voz al otro lado del teléfono. ¡Pues mal, hija! ¿Cómo quieres que esté?

Blanca era una mujer fuerte y decidida, Había sido maestra de francés desde que regresó a España y ahora desde hacía siete años, gozaba de una apacible y confortable jubilación. Se jubiló de forma voluntaria cuando cumplió los sesenta años. Era madre soltera, amante de su libertad, nunca soportó la idea de compartir su vida con un hombre.

De madre española y padre francés había nacido en Colliure, pero por la educación y las enseñanzas de su madre, ella siempre se consideró española. Perdió a su padre en un accidente de tráfico el 3 de julio de 1970, cerca de su domicilio, el mismo día que un avión que volaba desde Manchester hasta Barcelona, se estrellaba, cerca de su destino, en el macizo de Montseny, muriendo todos sus ocupantes.

En julio de 1936, mataron a su abuelo y Rosario, su viuda y abuela de Blanca, con su hija Isabel, que tenía entonces 6 años, marcharon a Francia gracias a la ayuda de dos compañeros y buenos amigos de su marido, que huyeron también con ellas del infierno que se había desatado en España. La zona donde se encontraban, estaba toda en manos del ejército rebelde. La huida resultó larga y tortuosa; pasaron hambre, sed y sueño; viajaban generalmente de noche y siempre con el miedo de ser detenidos en cualquier lugar por algún grupo de fascistas; sufrieron las incidencias más adversas del tiempo; el frío y la lluvia les calaban hasta los huesos, aunque a la niña, siempre procuraban protegerla y a veces la llevaban sobre los hombros de los dos hombres que se iban turnando. Habían salido con el dinero que habían podido reunir, pero en cuanto a ropa, calzado o cualquier otra cosa, partieron con lo puesto. Al poco de partir y en uno de los pueblos al que llegaron, bordeándolo, pero sin entrar en él, vieron en una de las casas lindantes, sábanas, algunas mantas y otras ropas diferentes, colgadas de largos tendederos. Era de noche bien entrada, el cielo estaba completamente despejado y a la luz de la luna llena resaltaba el blanco de las paredes encaladas de la casa y el de las sábanas blancas mecidas por el viento. Lo siento por ellos, dijo uno de los hombres, pero vamos a llevarnos tres de esas mantas que nos serán de gran ayuda en los días que nos faltan hasta llegar a Francia.

Cuando dejaron atrás Jaca, se dieron cuenta de que lo peor ya había pasado, aun así, se mantuvieron prudentes y vigilantes y cruzaron los Pirineos monte a través, lejos de las zonas vigiladas en la frontera. Había que evitar la guardia civil española y también a los gendarmes franceses que, desde el golpe de estado del 18 de julio, habían reforzado los pasos fronterizos. Cruzarían a través del bosque y con mil ojos. Se adentraron en Francia hasta que llegaron a un pueblecito y lo primero que hicieron fue buscar un lugar donde poder comer y dormir. Los cuatro estaban con las fuerzas al límite, sucios y con llagas en los pies y multitud de rasguños en los brazos y en las piernas. Pero lo habían conseguido, ya estaban en Francia. Habían llegado a Gavarnie.

Banyuls sur Mer, es una población al sur de Francia, a orillas del Mediterráneo. Allí vivía Luis el hermano mayor de Carmelo que era desconocedor, evidentemente, de que los falangistas habían asesinado a su hermano. Era el propietario de una extensa plantación de viñedos. Se había convertido en un rico terrateniente y era la única persona en aquel país, extraño para ellos, que podría ayudarles. Los dos hombres que les acompañaban, no querían seguir más, estaban cansados, agotados y con el alma quebrada al igual que Rosario por haber tenido que huir de su patria. Pero les convenció de que siguiesen con ellas hasta Banyuls: Mi cuñado, seguramente os proporcionará trabajo, venid con nosotras, no tenéis nada que perder. Por fin los cuatro, tras descansar dos días en Gavarnie para reponerse del tremendo cansancio acumulado, siguieron una jornada más hasta Tarbes para, desde allí, tras varios trasbordos llegar por ferrocarril hasta Banyuls.

Luis les ofreció trabajo a los dos acompañantes y a su cuñada y su sobrina les facilitó alojamiento en una casa que tenía en Colliure y les dijo que no tendrían que preocuparse de nada pues el cubriría todos sus gastos. Pero Rosario le dijo que aceptaba gustosa la ayuda, pero solamente hasta que encontrase un trabajo. No quería ser una carga para él.

Vivieron todo el tiempo con la esperanza de que Franco perdiese la guerra y todo volviese a ser como antes, pero el 1 de abril de 1939, se esfumó cualquier esperanza de regresar a España. Por si fuera poco, el comienzo de otra guerra en Europa, volvió a hacerles sentir el mismo miedo que sintieron en España. Hasta 1942, la zona sur francesa fue declarada zona libre, debido al armisticio que firmó el mariscal, colaboracionista con los nazis, Pétain, pero estuvo regida por un sistema autoritario y fascista, eliminando todo tipo de libertades. En 1942 la denominada “zona libre”, también fue ocupada, hasta la liberación por las tropas aliadas. Fueron muchas las atrocidades que, durante ese tiempo, vio cometer a los alemanes: saqueos en las viviendas, requisas y expropiación de fábricas, humillaciones y vejaciones a ancianos y ancianas. Tuvo conocimiento de

violaciones a mujeres jóvenes. Incluso ella misma sufrió, poco antes de la finalización de la guerra, un intento de violación por parte de un soldado alemán, que afortunadamente fue evitado por otro compañero suyo que, al oír los sollozos de la pequeña Isabel, acurrucada en un rincón de la habitación y que iba a ser testigo de tan deleznable acto, en un ataque de piedad para con las dos mujeres, agarrando fuertemente de un brazo a su compañero, lo separó del cuerpo de Rosario, cuando ya estaba dispuesto a realizar el brutal acto. Discutiendo los dos alemanes airadamente y con empujones mutuos, afortunadamente, abandonaron el domicilio.

Diez años después de finalizada la guerra, Isabel, toda una mujer, se casó con el hijo de otro empresario viticultor, amigo de su tío Luis. En 1955, tuvieron una hija a la que le pusieron el nombre de Blanca.

Después que Isabel perdiese a su marido en el fatal accidente de tráfico cuando regresaba a casa, Isabel se sintió desolada, después de los sufrimientos pasados, ahora, que la tranquilidad y la felicidad habían llegado a sus vidas, otro duro revés del destino. Un profundo sentimiento de añoranza se apoderó de ella y solamente deseaba volver a España. Pensaba que pronto moriría el dictador y entonces sería el momento de que la abuela, la madre y la hija regresasen a su país.

Aun tuvieron que esperar hasta 1975 y año y medio más, hasta ver una cierta normalización y democratización del país. En 1977 regresaron a España. Regresaron a su pueblo, a Albuco, una pedanía de Fontedebra.

Poco tiempo después, Blanca aprobó unos exámenes para dar clases como maestra de francés en un colegio de la Capital. Allí conoció a un joven del que se enamoró y se fue a vivir con él, pero al cabo de cinco años, la convivencia se hizo insoportable y un buen día decidió que a partir de ese momento no volvería a vivir con ningún otro hombre y regresó a la casa del pueblo con su madre y su abuela.

Cuando cumplió 30 años se planteó que quería tener un hijo. Así se lo dijo a su madre y a la abuela. Las dos, al principio no dijeron nada, pero después lo vieron con buenos ojos y se mostraron muy contentas, aunque la abuela tenía ciertos resquemores, por los comentarios de la gente del pueblo.

Con su decisión determinante le propuso la idea abiertamente a varios amigos, explicándoles que solo pretendía quedarse embarazada, nada más, pero que no habría ningún compromiso ni obligación posterior por parte de ninguno. Todos salieron huyendo, poco menos que despavoridos. Pero Blanca cumplió su deseo. No le fue difícil en las fiestas de agosto de Fontedebra, encontrar algunos hombres dispuestos a irse con ella a la cama.

El 11 de mayo de 1987, el mismo día que en Francia comenzaba el juicio contra el nazi miembro de la Gestapo, Klaus Barbie, conocido como “El carnicero de Lyon”, por sus crímenes de guerra durante la ocupación, nacía Nuria, la hija de Blanca.

Al otro lado del teléfono, se oía la voz de su hija: ¿Pero te duele? ¿Y dónde fue? ¿Cómo te caíste?... De todos modos, mamá, me voy a tomar unos días libres y me voy contigo.

Como quieras, Nuria, hija mía, pero de momento con la chica que me ayuda, me apañó bien.

C

Carmelo

La tarde del 18 de julio de 1936, Carmelo estaba en el campo y fue cuando regresó a casa que se enteró de que los militares se habían levantado en armas el día anterior en Melilla y que ese mismo día el golpe militar se había propagado por la Península. Puso inmediatamente la radio, pero las noticias parecían tranquilizadoras y que se había controlado el levantamiento, por lo que se fue a la cama, relativamente tranquilo.

Al día siguiente, a eso de las 11 de la mañana, se oyeron unos golpes apresurados en la puerta: Carmelo, Rosario, abrid la puerta, por favor.

¿Qué pasa Eladio? ¿A qué vienen esos gritos? Vas a asustar a la niña.

Eladio le dijo que los militares, a la orden del general Mola, se habían levantado en armas contra el Gobierno de la República y tenía que marcharse, tenía que huir. Carmelo le dijo que en la radio había oído que el golpe estaba controlado. Es mentira, ha triunfado, le decía Eladio, y en Fontedebra los soldados del cuartel han salido a las calles y la guardia civil ha tomado el Ayuntamiento, han destituido al Alcalde y en su lugar han puesto a un militar. A los concejales de izquierdas los han detenido y los han encerrado en la prisión del cuartel de la Guardia Civil. A tu compañero de partido, Tomás, también lo han detenido y a ti no tardarán en venir a buscarte.

Él no había hecho nada, por tanto, nada malo le podían hacer, no podía marcharse sin más y dejar abandonada a su mujer y a su hija.

Hazme caso, huye, aún estas a tiempo, le dijo Eladio antes de marcharse.

Una hora más tarde de nuevo aporrearon la puerta. Abre Carmelo, sabemos que estás ahí. Rosario les preguntó qué querían de su marido y que no se encontraba en casa, que había ido al campo y todavía no había regresado.

Entraron en la casa dos hombres con camisa azul, correaes y fusil en mano, miraron todas las habitaciones, por debajo de las camas, abrieron todos los armarios, salieron al corral abrieron la jaula del gallinero, entre un ruido ensordecedor del cacareo de las gallinas asustadas. No encontraron nada. Cuando vuelva dile a tu marido que se presente en el cuartel de la Guardia Civil de Fontedebra o será peor. Advertido queda.

Se había metido en una tinaja grande con poca agua que tenían en el corral y, afortunadamente, no habían mirado allí. Carmelo era una persona muy delgada y pudo meterse dentro, por algo le apodaban “El Seco”. Aquella misma noche decidió huir hacia la capital en busca de las fuerzas leales a la República para unirse a ellas y luchar en defensa del Gobierno de España y de la Patria. Quedarse allí era inútil. Se despidió de su mujer y de su hija y todos con lágrimas en los ojos se fundieron en un abrazo del que ninguno se quería separar. Aprovechó la llegada de la noche. Había luna nueva y todo era oscuridad. Marchó por calles aledañas a la calle mayor de Albuco y llegó a la carretera, pero justo en el momento que se disponía a cruzarla, se encendieron las luces de un coche que le iluminaron. ¿A dónde vas Seco?

Lo metieron en el coche y lo llevaron directamente a los calabozos de la Guardia Civil. Tres días estuvo encerrado compartiendo un plato de comida al día con tres compañeros más que estaban en la misma celda. Rosario iba a verlo todas las mañanas a primera hora y podía hablar con él unos minutos dentro del patio del cuartel y a través de una pequeña ventana con una reja. El día 23 de julio lo llevaron ante el comandante en jefe de la Plaza y le sometieron a un juicio sumarísimo en el que actuó de fiscal un viejo conocido suyo, falangista ahora y sin ningún tipo de carrera, al que llamaban “El Rayo”. El padre del Rayo, había pleiteado por unos terrenos con el padre de Carmelo y había perdido el juicio. Parece ser que la familia del Rayo jamás perdonó tal afrenta. Le acusó de comunista y de cuantas maldades pudieron ocurrírsele y cada vez que Carmelo intentaba desmentirlo el presidente de ese tribunal ilegal, le hizo callar. Fue condenado a la pena máxima.

El día 25, antes del amanecer, lo montaron en un coche que conducía un muchacho con aspecto de buena persona, Gregorio, de tan solo 19 años. Junto a él iba el Rayo y detrás el Seco en medio de dos falangistas con sendos naranjeros.

A este, ya que es de Albuco y un puto concejal socialista de aquí, de Fontedebra, le vamos a dar el paseílo, hasta la mitad del camino: Vamos Goyito, lo llevaremos al Barranco Seco. Volviéndose hacia atrás y mofándose, miró al Seco y le dijo: ¡Coño, mira, que casualidad, el barranco se llama como tú!

Al llegar al sitio indicado, lo bajaron del coche y lo llevaron casi en volandas hasta unos cien metros de la carretera tras una curva en el interior del barranco. El Rayo, detrás del Seco, le ordenó que se arrodillase, se negó, él quería morir de pie. Le propinó una patada en el hueco detrás de una de las rodillas y el Seco cayó, sin poder evitarlo, de rodillas. Tú, cabrón de mierda, le dijo, no mereces morir ni fusilado ni de pie, sino como lo que eres, como una rata y sacando la pistola de su cintura le descerrajó un tiro en la nuca.

Un rojo menos. Cavad una fosa ahí mismo y enterradlo bien profundo. Que no quede ninguna huella.

D

Desenlace

—Buenos días —Dijeron los dos casi al unísono.

Después del saludo inicial, los dos, sorprendidos como todavía estaban, se quedaron unos segundos en silencio.

La mujer venía de Albuco, pero atravesando el bosquecillo. Por allí la distancia era mucho más corta que por la carretera.

—Perdone, señora ¿pero viene a depositar ese ramo en aquella piedra?

—Pues, así es, señor. Justamente a eso vengo ¿Y usted? ¿A dónde va con el ramo que lleva?

—Verá señora... yo también... bueno... iba también a cambiarlo por esas flores que ya están secas.

Blanca le miró extrañada y bajando la mirada hacia la piedra, pudo comprobar que las flores secas, no eran las mismas que ella había dejado hacía tres meses.

—¿Y esas flores? No me diga que las puso usted.

—Así es, señora, sé que le parecerá extraño, pero, sí. Las coloque yo. Verá, vengo todas las mañanas a correr por aquí y observé... bueno... —le contestó Alfredo, casi balbuceando— de pronto alguien, o sea usted, dejó de venir. No sé por qué, quise continuar el rito o la costumbre, sin saber con total seguridad a que se debe, aunque después las últimas flores que colocó con los colores rojo, amarillo y morado...

Blanca y Alfredo estuvieron hablando durante un buen rato. Blanca le contó que allí mismo estaba enterrado su abuelo, que fue asesinado la madrugada del 25 de julio de 1936 y primeramente su madre y ahora ella, en su recuerdo, viene cada

mañana del día 25 de cada mes, desde hace exactamente veintiún años para depositar un ramo de flores sobre la tumba anónima de su abuelo.

Blanca le agradeció que durante los meses anteriores que ella no pudo venir debido a un accidente tonto en su casa. Se fracturó la pierna y tras la operación tuvo que permanecer primeramente en reposo y luego pasar un tiempo en rehabilitación. —Justo hoy hace diez días que salí por primera vez de casa y así, caminando un poquito más cada día, ahora ya me encuentro perfectamente —dijo Blanca—. Pero mire le voy a dar mi dirección y puede venir a visitarme cuando quiera, ahí tiene usted su casa. ¡Ah! Y me llamo Blanca.

—Y yo, Alfredo. Encantado de haberla conocido. Iré a visitarla. Pero permítame una pregunta doña Blanca, habiendo regresado a España en el año 1977, ¿Por qué razón no empezaron a traer las flores hasta...—Alfredo, calculó durante unos segundos la fecha— hasta el año 2002?

—Porque hasta entonces no supimos dónde estaba el cuerpo de mi abuelo. Fue ese año, cuando murió su asesino, uno de los que le acompañaban, vino a nuestra casa y nos lo contó. Vimos que aquel pobre hombre, por miedo, había llevado una pesada carga toda su vida, a pesar de que él no tuvo nada que ver. Él fue el que nos dijo dónde estaba enterrado y quien le mató.

—Entonces, ¿les dijo, también, quién le mató?

—Nunca supimos su verdadero nombre. Nos dijo y no nos dio ninguna otra razón, que fue un falangista al que apodaban “El Rayo”.

Alfredo, palideció de repente y se quedó sin palabras mirando fijamente a Blanca.

—¿Le pasa algo? Le preguntó la mujer.

—No, no. No es nada señora. En fin, se me está haciendo tarde. Encantado de haberla conocido. No dude que pasaré a visitarla... muy pronto. Y si me lo permite, este pequeño ramillete de flores que he cogido, lo voy a depositar, también, en el lugar bajo el que se encuentra su abuelo.

Alfredo apartó las flores secas, depositó su ramo y siguió corriendo hasta su casa.

E Enfado

A media mañana, Alfredo se dirigió a casa de sus padres.

—¿Están el abuelo y papá en casa? —le preguntó a su madre, que le abrió la puerta.

—¿Qué pasa? Alfredo, hijo mío, ¿te ha ocurrido algo?

Alfredo no contestó, se dirigió al salón y allí estaba su padre leyendo el periódico —¿Y el abuelo? —preguntó.

—Supongo que estará en su habitación —respondió su padre extrañado.

Le pidió a su madre que, por favor le dijese al abuelo que saliese. Tenía que hablar con los tres de algo muy importante. —Me estás asustando hijo. Voy a buscarlo—. Una vez los cuatro en el salón, les dijo:

—Nunca en toda mi vida, jamás he oído mencionar una sola palabra en esta casa sobre la guerra civil española.

—¿A qué viene eso ahora, Alfredito? —Le preguntó enojado el abuelo.

Alfredo miró a los tres durante un instante, en silencio y de golpe les preguntó: ¿Sabéis quién era “El Rayo”?

—A tu bisabuelo, a mi padre —dijo el abuelo— le llamaban en su juventud “El Rayo”, jugaba al fútbol de extremo, era muy veloz y de ahí el apodo. Luego ya en los años cincuenta, nadie le llamaba así y a ti no te dijimos nada. ¿Qué sentido tenía? Pero ¿A qué viene eso ahora?

—Nunca hablasteis de la guerra, ni el bisabuelo tampoco. ¿Sabéis? Las familias españolas nunca hablaban de la guerra, unas por miedo y otras por vergüenza de lo que sus padres o sus abuelos habían hecho ¿Qué clase de familia sois vosotros? ¿De las que tenían miedo o de las que sentían vergüenza?

Los tres se miraron de soslayo. Tenían las caras muy serias. Quedaron en silencio. Alfredo continuó diciendo: Espero que no sigáis callados por más tiempo —y les preguntó de golpe— ¿Podéis decirme lo que hizo el bisabuelo... —le preguntó Alfredo dirigiéndose a su abuelo— ...o sea, tu padre, en la guerra?

—¡Basta ya! ¡Chico del demonio! Le respondió el abuelo, visiblemente enfadado.

—Escúchame abuelo. No tienes por qué enfadarte. Soy yo el que debería estar enfadado contigo, con todos vosotros, porque me habéis ocultado, durante toda la vida, hechos que deberíais haberme contado antes.

Su padre intentó apaciguar los ánimos y dirigiéndose a su suegro le dijo: Escúchame Ernesto, creo que Alfredo, tiene todo el derecho a conocer la verdad y

además ya es hora de que la conozca —Ernesto, aunque no de muy buena gana, asintió con la cabeza.

—Verás Alfredo —su padre se interrumpió un momento—. Por favor Paquita tráeme un vaso de agua. —La madre se levantó y se dirigió hacia la cocina mientras los tres quedaban en completo silencio. Los rostros seguían serios. Cuando regresó la madre con el vaso de agua, continuó diciendo: Unos días antes de morir, hace ahora 20 años, Luis, tu bisabuelo nos llamó a los tres. El no quiso que tu estuvieses porque pensaba que eras muy pequeño, aunque ya tenías 16 años, y deberías permanecer ignorante de lo que nos tenía que contar, sintió que iba a morir muy pronto y no quería llevarse esa carga al otro mundo. Tu madre y yo no sabíamos nada de todo aquello, tu abuelo, sí. Era el único, que al menos buena parte de lo que contó, ya lo sabía, según nos confesó luego —hizo una pausa, miró a Ernesto y este asintió con la cabeza—. Lo había sabido por otras personas. Luis se enriqueció con la especulación y el estraperlo durante la guerra. Se hizo con bienes de gentes que, o bien, las habían matado o tuvieron que huir para salvar sus vidas. Además, después de la guerra, por los servicios prestados, gozó de ciertas prebendas y privilegios que le permitieron consolidar un gran patrimonio. Así que Alfredo, ya ves, el pequeño imperio que levantó tu bisabuelo, no lo hizo, digamos, de forma muy honrada —y calló seguidamente.

—Eso no es todo, ¿verdad papá? Hay algo más. Algo mucho más grave y que me gustaría oíroslo de viva voz.

De nuevo se miraron todos y Paquita comenzó a llorar. Esta vez fue su abuelo el que tomó la palabra.

—Sí, es cierto. Hay algo más. Algo... algo, más grave —tras un silencio que se hizo eterno, concluyó diciendo—. Tu bisabuelo, Alfredo, mi padre, al inicio de la contienda, ejecutó a un republicano. Entonces ni tan siquiera estaba casado, lo hizo en plena contienda y yo nací al año siguiente de que acabara la guerra.

—¿Ejecutó? No tengas miedo a decirlo, abuelo: ¡Lo asesinó!

F Final

Alfredo cogió el coche y se dirigió a Albuco, a casa de doña Blanca.

—Verá doña Blanca —se le hizo un nudo en la garganta, pero tragando saliva, Alfredo continuó—. Lo cierto es que no sé cómo empezar.

—No se preocupe: Ya me dirá lo que tenga que decirme cuando usted lo crea conveniente. Espere que le voy a sacar una cerveza.

—No, gracias, de verdad —tomó aire, le dijo: “El Rayo” era mi bisabuelo.

Los dos quedaron en silencio durante un buen rato y por fin Blanca dijo:

—Le agradezco, Alfredo, su confesión, porque comprendo lo difícil que le habrá resultado hacerlo. Pero sé que usted es un buen hombre. Hace mucho de aquello. Ni tan siquiera habíamos nacido. Debemos de superar y perdonar. Ahora comprendo la cara que puso, cuando le dije quien había matado a mi abuelo.

—Sí, Blanca. Aunque nunca le llamaron así y en casa nunca se mencionó. De pequeño... ya sabe usted, lo crueles que suelen ser los niños; me dijeron, tan solo por causarme daño, que mi bisabuelo había sido un temido falangista y que le llamaban el Rayo.

—Ya no hay nada que podamos hacer ninguno de los dos.

—No lo creo, Blanca. Yo sí puedo hacer algo por usted.

—¿Qué quiere decir, Alfredo?

—Su abuelo, no puede permanecer por más tiempo en ese barranco. Sus restos deben ser exhumados para ser enterrados dignamente —Blanca no pudo contener las lágrimas—. Si usted me da su consentimiento, Enrique, el Alcalde, es amigo mío. Su abuelo fue concejal socialista y Enrique es Alcalde por el Partido Socialista, estará encantado de ayudarle.

—Mi abuela que murió hace treinta y cinco años, está enterrada en el cementerio de Fontedebra junto a su hija Isabel, mi madre, que falleció hace cuatro años. Que feliz se hubiese sentido de darle digna sepultura a su padre. Pero al menos murió sabiendo donde estaba su cuerpo y aun pudo llevarle flores unos años.

—¿No sabía, que es posible la exhumación de las víctimas del franquismo, a cargo de los organismos públicos? Desde la entrada en vigor de la Ley de la Memoria Democrática es todo mucho más sencillo.

—Algo había oído por la televisión, pero no sabía que tenía que hacer ni a donde tenía que ir y mi hija anda siempre con mucho trabajo. De todos modos, le llamaré para que venga este fin de semana y habláis vosotros, si no le importa. Y vale ya de que me trates de usted, que me haces más vieja de lo que soy.

—Estoy totalmente de acuerdo Blanca.

Estuvieron hablando un buen rato más. Blanca le dijo que, a los dos días de morir el Rayo, Gregorio, el joven que hizo de chofer aquella madrugada de julio del 36, se presentó en su casa, entonces ya estaba muy mayor, y le relató todo lo que aconteció en ese lugar. A aquel barranco seco, desde entonces, algunos

empezaron a llamarle el barranco “del Seco” y así terminaron de llamarle todos los vecinos de la ciudad: Barranco del Seco, en vez de Barranco Seco, sin saber la mayoría que la razón fue que allí mataron a Carmelo “el Seco”.

Alfredo fue a hablar con su amigo el Alcalde, que al momento se interesó en el asunto y le prometió que iban a iniciar los trámites para la exhumación de Carmelo. Una vez le explicó los pasos a seguir. Enrique no pudo evitar, aprovechando el momento hacerle un comentario jocoso, alusivo a su pensamiento político.

—Caray Alfredito, bien que me ha sorprendido tu información y tu propuesta. Como se entere tu familia tan conservadora, te mata. Tú muy de derechas, pero a veces veo en ti rasgos, que me hacen pensar que pronto te vas a afiliarse a mi partido —y soltó una carcajada a la vez que le daba una palmada en la espalda.

El proceso fue más largo de lo esperado, eran muchos los trámites a seguir. En primer lugar, recabar los permisos de los propietarios de las fincas por encima de donde estaba enterrado para que consintieran la realización de los trabajos de exhumación, que no fueron fáciles, la solicitud del permiso a los órganos de Gobierno de la Comunidad, después la presencia de un equipo técnico para hacer unas comprobaciones con un georradar, que asegurase que había un enterramiento. Por fin un equipo dirigido por un arqueólogo, procedió a la excavación y la extracción minuciosa de los restos. La hija de Blanca y Alfredo estuvieron presentes la mayor parte del tiempo que duró la excavación.

En lo que quedaba de la americana que llevaba, encontraron en uno de sus bolsillos una pequeña cajita de metal, muy oxidada. Se la entregaron a Charo, la hija de Blanca y al abrirla pudo ver que dentro había una fotografía de una niña de unos cinco o seis años y otra de una mujer. La niña era su abuela Isabel y la mujer, su bisabuela Rosario. Charo no pudo contener la emoción.

Los huesos, en una urna, se trasladaron al Juzgado y después de más trámites burocráticos y antes de darle sepultura, la urna, cubierta con la bandera tricolor, se llevó hasta el Ayuntamiento de Fontedebra. En el Salón de Actos, el Secretario leyó el acta del Pleno en el cual se había aprobado la celebración de ese acto, con la oposición del partido conservador. Luego el Alcalde tomó la palabra, glosando la figura del que hubiese sido, también concejal en esa misma Corporación hasta el momento de su asesinato. Al final de su intervención dijo:

—Que a nadie extrañe que hayamos cubierto sus restos en este acto y en este lugar, con la bandera republicana. Lo hemos hecho como respeto hacia él, porque esa era su bandera y no otra. Esa fue la bandera que amó y la que defendió hasta su muerte —a continuación, le hizo entrega a Blanca de una banda honorífica con

el escudo bordado de la ciudad, reconociendo a Carmelo como concejal con todos los honores propios del cargo y seguidamente le cedió la palabra.

Ella no podía contener la emoción, solamente pudo decir que, por fin, Carmelo, su abuelo, después de años de soledad en un barranco, podría reposar para siempre junto a su mujer y su hija. Luego dio las gracias a todos y en especial a la persona que les había ayudado en todo el proceso de exhumación, Alfredo, manifestándole su eterno agradecimiento.

Alfredo estaba en la primera fila al lado de Charo que no podía contener las lágrimas. Blanca bajó del estrado donde se encontraba, se dirigió hacia él y se fundieron en un abrazo entre los aplausos del público y los de los concejales presentes en el acto.

La nieta del asesinado y el bisnieto del que lo mató sellaron en ese instante un verdadero acto de Perdón, Concordia y Conciliación.

Alfredo